

Nutridos por la Eucaristía, Unidos en Cristo

Llamado a la Comunión, la Unidad y el Discipulado

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Gracia y paz a ustedes en el Señor Jesucristo. Mientras caminamos juntos como una sola familia parroquial, recordamos que la fuente y la cumbre de nuestra vida y misión cristiana es la Santísima Eucaristía. En este sacramento de amor divino, Jesucristo permanece verdadera y sustancialmente presente entre nosotros. Él nos alimenta con su Cuerpo y su Sangre, nos reúne como su Cuerpo, la Iglesia, y nos conduce cada vez más profundamente a la comunión con Él y entre nosotros.

San Pablo proclama este misterio con claridad: *“Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un mismo pan”* (1 Co 10,17). De la única mesa eucarística brota nuestra identidad como Pueblo de Dios. La Eucaristía nunca es una posesión privada; es el sacramento que crea la Iglesia, edifica la comunión y nos envía como testigos del Evangelio.

Recibir el Cuerpo de Cristo es llegar a ser el Cuerpo de Cristo. Por ello, la comunión con el Señor es inseparable de la comunión entre nosotros. Donde Cristo es verdaderamente recibido, la división debe ser sanada, la indiferencia superada y la reconciliación asumida como una exigencia del discipulado.

Nuestra parroquia, enriquecida por muchas culturas, lenguas y tradiciones, está llamada a hacer visible la unidad que la Eucaristía realiza invisiblemente. La oración del Señor—*“que todos sean uno”* (Jn 17,21)—no es solo un deseo, sino una misión confiada a la Iglesia de todos los tiempos.

Esta unidad no elimina la diversidad. Es, más bien, la obra del Espíritu Santo que reúne a los pueblos en una sola comunión. En la Eucaristía, nuestras diferencias no desaparecen, sino que son transfiguradas y ofrecidas para la edificación del Cuerpo de Cristo.

Desde esta identidad eucarística, la Iglesia es enviada al mundo. La Eucaristía forma un pueblo que no vive para sí mismo, sino para Cristo y para los demás. Nos hace discípulos que construyen comunión donde hay división y promueven la reconciliación en un mundo fragmentado.

Al conmemorar el 250° aniversario de los Estados Unidos de América, damos gracias a Dios por las bendiciones de libertad y oportunidad que han marcado nuestra historia común. Este momento nos invita a la gratitud, pero también a la reflexión sobre los fundamentos morales y espirituales de la vida social.

La fuerza de toda sociedad depende no solo de sus instituciones, sino del carácter de su pueblo. Las leyes por sí solas no sostienen la justicia; necesitan corazones formados en la verdad, la responsabilidad y la caridad. La renovación cívica nace de la renovación moral, y esta, de la conversión espiritual.

Como cristianos, contribuimos a la sociedad no como fuerza política, sino como pueblo eucarístico. Formados en el altar, estamos llamados a ser levadura en el mundo: sirviendo al bien común, defendiendo la dignidad de toda persona humana, promoviendo la justicia y dando testimonio de que la verdadera libertad se vive en la verdad y el amor.

Esta misión debe hacerse visible primero en la vida de nuestra parroquia. Se expresa en la celebración reverente de la Sagrada Liturgia, en el servicio fiel a los demás y en el compromiso diario de elegir la comunión por

encima de la división. Toda persona que entra en nuestra comunidad debe encontrar una Iglesia acogedora, orante y unida en Cristo.

Que la Eucaristía que celebramos moldee no solo nuestra adoración, sino también nuestra vida. Lo que recibimos en el altar debe hacerse visible en nuestras relaciones, palabras, decisiones y misión compartida. Si participamos de un solo Pan y un solo Cáliz, estamos llamados a vivir como un solo Cuerpo, marcado por el perdón, el respeto, la humildad y la caridad.

Al celebrar este hito nacional, lo hacemos con gratitud y responsabilidad. Pero nuestra identidad más profunda no proviene de ninguna nación terrena, sino de nuestro bautismo en Cristo. Somos un pueblo peregrino que camina hacia el Reino donde Dios será todo en todos, y donde la unidad iniciada en la fe llegará a su plenitud en la gloria.

Encomendando nuestra parroquia a la maternal protección de la Bienaventurada Virgen María, Nuestra Señora de la Gracia, le pedimos que nos forme según el corazón de su Hijo. Que ella nos enseñe a vivir la unidad que celebramos, a custodiar la comunión que recibimos y a ser un signo vivo de la presencia de Cristo en el mundo.

Nutridos por la Eucaristía, fortalecidos por el Espíritu Santo y unidos en Cristo, avancemos como una sola familia parroquial: discípulos fieles, testigos alegres y constructores de comunión en un mundo dividido.

Con mi bendición y oraciones,

Padre Vilaire Philius

Párroco